

de sí mismas. Y como el Esposo se les esconde corriendo presuroso, como ciervo, por los oteros de la perfección, ellas preguntan a todas las criaturas del cielo y de la tierra y, en especial, a los maestros de las ciencias divinas con aquellas dulcísimas palabras de S. Juan de la Cruz:

Pastores los que fuéredes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura viéredes.
Aquel que yo más quiero
Decidle que adolezco, peno y muero.»

Y harta el alma de felicidad con la respuesta recibida, emprenden de nuevo la marcha alegres y regocijados por la seguridad que tienen de encontrar al que con tanto anhelo como peligros habían buscado, por lo que empiezan ya en aquel momento a saborear sus almas las dulzuras de la Esposa de los Cantares cuando decía: Hallé al que ama mi alma, lo tengo y no lo dejaré.» (Cant. 3. 4.)

Fin sublime anima a los Magos, fin sencillamente divino que trueca lo que parece ignorancia en la más alta sabiduría y lo que se dijera locura en el amor más intenso y puro. Por lo que podemos concluir que la sincera sencillez de los Santos Reyes los conduce a Jesús, y, así también a nosotros, si con fidelidad los imitamos.

Regalados con los encantos de este sencillo cuanto sublime cuadro vengamos a contemplar el que forman Herodes y su pueblo.

Cual fuera la impresión que produjera la inesperada pregunta de los Magos en el Rey y en el pueblo judío, que, pegados a la pesada letra de la Ley la corrompían, dándole un sentido carnal, es lo que añade el evangelio: «Oyendo esto el Rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalén » Herodes y su pueblo dormían en brazos del olvido de las divinas promesas, de las que eran materialmente depositarios; pues, el espíritu de la ley y de los profetas no estaba en ellos. ¡Insensatos! Apetecedores de todo bien terreno anhelaban las riquezas, tanto más cuanto más los encumbraban, y tanto más las codiciaban y a toda costa se las procuraban conseguir, cuanto más fácil y gratuitamente satisfacían las humanas necesidades y deseos. Y, como el ansia de bienes presentes apaga los deseos de los futuros, el pueblo judío, con su rey detentador a la cabeza, habíase hecho avaro, sensual y soberbio; seguía la ley de sus miembros y era perfecto facsímile del hombre viejo, formando, por consiguiente, una sociedad en la que prevalecía, por demás, el orín y la polilla del vicio, destructores de todo germen de vida y de nobleza y engendrades de toda ruina, abyección y muerte.

Fin torcido persiguían Herodes y su pueblo, por lo cual viven en Jerusalén como si fuera en Babilonia, región de los pecados, acuciados siempre en sus bastardos deseos por el terrible fuego y humo que encienden las pasiones, alimentados con el voraz *afer, afer, dame, dame*, que alienta el corazón del codicioso. Desgraciados los que de este Satánico espíritu viven, ora sea en la cabaña de los pastores, ora en el palacio de los magnates! ¡Desgraciados, sí; pues en su pecado hallan su penitencia, turbándose como Herodes, porque son do-